

# El ladrón de rostros

Manel Artero Badenes



# Capítulo 1

© Manel Artero Badenes

Ilustración de portada: Roger Artero Martinez

Corrección: Leandro Axel Fernández

Primera edición: octubre 2017

ISBN: 978-84-947014-9-8

Depósito legal: H 208-2017

© de la primera edición Editorial Maluma, S.L.

Segunda edición: abril de 2020-04-23

ISBN: 979-86-394262-0-9

Quedan prohibidos, dentro de los límites de la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de la editorial.

## Capítulo 2

1

*Diego — 1 de septiembre de 2010*

*Si tuviera que decidir en qué momento empezó todo, creo que escogería cuando María Kardos, mi abuela, decidió asesinar a su amante, a su marido y a su hijo de veintitrés años, cambiando de manera irremediable este presente en el que nos encontramos.*

*La pobre jamás fue consciente de que sus acciones provocarían la caída de una primera pieza de dominó que arrastraría tras ella al resto de generaciones de nuestra familia, hasta abocarnos a este instante. Creo que la palabra que mejor lo define es hado, aunque muchos preferirán nombrarlo como karma, destino o fatalidad.*

*Ya ves cómo se desarrollan algunas historias. La que comenzó con ella terminará en mí. Un periplo de cerca de cien años concluirá en la nada más absoluta y habrá sido estéril, salvo mi legado. Él permanecerá.*

*¿Te sorprende mi confesión?*

*He pensado mucho en ello y no es tan sorprendente si conoces cómo se desarrolló todo. Mi madre me lo contó infinidad de veces, tantas, que llegó a convertirse en un cuento, idéntico a esos que memorizamos de pequeños y luego nos acompañan durante el resto de nuestras vidas. Pero yo no deseaba que mis vivencias se quedaran en un cuento, por eso, después de su muerte, indagué y pude constatar que todo era cierto. Ni un ápice de su relato fue fruto de la invención, lo único que había añadido fue un hilo narrativo adaptado a mi mente infantil de entonces. Una mujer sabía mi madre.*

*Todo comenzó en un pueblo llamado Nagyrèv, que se encuentra a unos cien kilómetros de Budapest, en la región de Tisza Zug. Sucedió durante lo que conocemos como primera guerra mundial, en un tiempo en que los hombres debieron marchar al frente a defender al Imperio austrohúngaro, dejando a sus mujeres solas.*

*Eso, que en otros lugares hubiera significado una terrible desgracia, no lo fue para ellas, porque al poco tiempo de andar sin ellos cayeron en la cuenta de algo de lo que jamás habían podido disfrutar: de repente no había padres, hermanos ni maridos que les dijeran qué debían hacer y hacia dónde debían dirigir sus pasos. De un día para otro se vieron con una libertad que no habían conocido jamás en aquel primitivo mundo*

rural. Al estar solas tuvieron que encargarse de trabajar el campo, cierto, pero también gestionaron por primera vez los beneficios que aquel les proveía. Sin repartirlos con nadie, sin que ningún hombre se los quedara para sí. Su economía, rural y sencilla, dependía solo de ellas.

Y por si esto fuera insuficiente, al poco tiempo y cerca de allí, construyeron unos campamentos de prisioneros que disfrutaban de una relativa libertad. Soldados jóvenes que se acercaban al pueblo y a los que muchas de ellas fueron convirtiendo en amantes.

¿Te das cuenta?, por primera vez en sus vidas eran ellas las que decidían con quién, cuándo y dónde; y si no cumplían sus expectativas, les daban puerta y a por otro.

El paraíso, ¿no crees?, unas mujeres que habían nacido para no ser nada, maltratadas la mayoría de las veces por los padres y después por sus maridos, se veían dueñas de sí mismas. Mujeres a las que se les habían concertado matrimonios, sin posibilidad de divorcio, atadas irremediamente a aquel que les hubiera tocado en suerte; de repente disponían de trabajo, compañía y dinero sin haber de aguantar un simple golpe.

Pero terminó la guerra. Y lo que para la mayoría de europeos fue una bendición, para las pobres mujeres de Nagyrév fue la vuelta al infierno. Los hombres que volvían lo hacían mucho peor que antes de partir. Nunca se vuelve entero de una crueldad tan extrema. Hasta los de ánimo más inquebrantable sucumben al horror y, o bien perecen, o terminan mal. Los que regresaban lo hacían ciegos, mutilados y más alcoholizados tras las barbaries vividas en la guerra. Para ellas, aquella era una situación insostenible después de la libertad que habían disfrutado.

He pensado muchas veces en aquellas pobres mujeres, en María Kardos, buscando una solución definitiva, hablando en voz baja de la añorada libertad perdida, de los nuevos golpes, las nuevas humillaciones, del trabajo agotador, para que ellos dilapidaran el dinero en la taberna y devolvieran el favor con insultos y desprecio. Si no has conocido más que el dolor, no dispones de otra situación para contrastar tu vida, pero ellas habían conocido el cielo y volvían a encontrarse en el infierno.

¿No te las imaginas, cuchicheando en los lavaderos mientras lavaban la ropa? Envalentonándose cada vez más con sus palabras. Expresando en voz alta sus deseos: «Si yo pudiera le...» mientras golpeaban sábanas como si fueran los cráneos de sus amos. Un día y otro, semana tras semana. Hasta que alguna añadiría un tiempo condicional del verbo «matar» a lo que habían sido puntos suspensivos; y sus rostros comenzarían por expresar sorpresa y algo después interrogación «¿Por qué no?» Se preguntarían, y aquellos zarandeos dados a las sábanas con

*saña tomarían un significado más metafórico.*

*Mucha gente piensa que acciones como las que se planteaban esas mujeres se frenan por barreras morales heredadas de la religión o por conceptos éticos básicos de convivencia. No te lo creas, no era eso. Desde nuestras atalayas de bienestar tendemos a creer que el resto de la humanidad vive como nosotros: ni siente ni padece, pero la realidad es otra.*

*En sociedades rurales y en épocas de extrema dureza era normal el abandono de ancianos, enfermos o discapacitados. Si se dan las condiciones adecuadas, un grupo social hará lo que sea necesario hacer, a pesar incluso de que las decisiones individuales puedan parecer horribles. Porque existe un bien colectivo que está por encima de todo. Es un mecanismo cerebral que nos guía como especie para perdurar en la lucha por la supervivencia. El animal que somos manda por encima de los aspectos racionales a los que tanto peso damos. Porque a pesar de haber llegado a la luna, de haber escrito el Quijote, compuesto sinfonías; a pesar del David que nos legó Miguel Ángel o las Variaciones Goldberg, el ser humano sigue siendo manejado por un cerebro de un millón de años, una mente primitiva y básica que las más de las veces le convierte en monstruo aun sin saberlo.*

*Pero no divaguemos, volvamos a nuestra historia. Nuestras protagonistas, entre las que se encontraba mi abuela María, necesitaban una solución completa a ese mal que se había vuelto a instaurar. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo terminar con todo sin que nadie notara nada? Estas eran las preguntas que se hacían. Las entiendo, por fuerza física era prácticamente imposible que ninguna de ellas consiguiera terminar con el animal que tenían en casa. La ley tampoco las hubiera apoyado, si cualquiera de ellas hubiera conseguido acabar con alguno hubiera dado con los huesos en la cárcel. Para colmo eran pobres ¿Cómo debían hacerlo, pues? ¿Cómo crees que consiguieron la solución a sus problemas? Fácil.*

*En todas partes hay almas caritativas, gente con recursos. En Nagyrév, ese ángel salvador se llamó Julia Fazekas, la comadrona. Una mujer que había llegado al pueblo unos tres años antes y que se encargaba, además de los partos, de cubrir las necesidades médicas de aquella miserable población. En aquel entorno rural las comadronas eran consideradas mujeres sabias y Julia Fazekas no iba a ser menos. Además se había ganado la confianza de muchas familias solucionando problemas con los hijos no deseados. La buena de la comadrona. Debería haber más mujeres como ella, créeme.*

*Pues bien, Julia, conocedora de los males que aquejaban a todas esas mujeres que confiaban en ella, dio con la solución —solución que encima les podía reportar una pequeña fuente de ingresos extra— y es que, a*



veces, la solidaridad y el altruismo pueden convivir sutilmente con la economía; ¿Qué crees que hizo? Tomó tiras de papel atrapamoscas, de ese que antiguamente todavía podías ver en algún pueblo, aunque creo que tú, por edad, no habrás llegado a conocerlo. Da lo mismo. La cuestión es que cogía esas tiras y las hervía hasta separar el arsénico que contenían. De ese modo tan económico apareció el producto que terminaría con los males de muchas.

No sé realmente cómo debieron hacerlo todas aquellas mujeres. Por lo que he indagado puedo explicarte, al menos, el orden de asesinatos que siguió María Kardos. El primero fue el amante, un joven que debió pensar que sus atributos masculinos eran suficiente capital como para someter a una mujer como mi abuela. El pobre solo pudo golpear una vez, al poco tiempo se estaba pudriendo bajo tierra. El siguiente fue mi abuelo, al igual que los demás volvió con más sed de alcohol de la debida y con un alma sádica mejor aprendida. A pesar de la infinita paciencia de María se lo puso tan fácil que tuvo que hacerlo. De mi tío abuelo no sé nada, todo lo más, puedo imaginar que acabaría con la mosca tras la oreja con la muerte tan repentina de su padre y la cantidad de óbitos que se producía a su alrededor, aunque la otra opción, tal vez la más fiable, fuera que al verse como el cabeza de familia pretendiera propasarse con mi madre o comenzara a repartir los golpes que entendía como su legado. Sea como fuere terminó como los otros, con sus huesos bajo tierra. Imagino que mi madre se salvó por ser mujer y porque María había tenido tantos partos malogrados hasta que llegó ella que la sintió un regalo del cielo al que no podía destruir. Y fin, esa es la historia total y completa de la actuación de mi abuela en los crímenes. Imagino que no debió diferir demasiado con las del resto de asesinas. En general somos más previsibles de lo que nos pensamos.

Igual te estás preguntando por qué motivo te estoy contando todo esto. Tienes razón, dudo mucho que tu curiosidad en lo relativo a mi pasado sea la misma que la mía, pero me apetece hablar de ello. Es porque considero que esta parte de la historia es interesante, y sería necesario que no se perdiera, aunque ambos sabemos que al final se perderá. Da lo mismo.

A Julia la ayudaba una de sus auxiliares, «tía Susi» la llamaban, era la encargada de acabar de convencer a las indecisas de la bondad de su líquido y de la distribución del mismo. Con esa red tan sencilla las mujeres compraban el arsénico, lo utilizaban y eliminaban de raíz problemas que, de otro modo, hubieran ido degenerando hasta lo insoportable.

Cómo he admirado siempre a esa comadrona, una mujer de escasa cultura y pocos medios que montó un negocio tan simple, útil y necesario. Piensa que por tener, incluso tenía organizadas las coartadas. Parece ser que cuando a algún funcionario se le ponía la mosca tras la oreja al ver aquella cantidad de óbitos, Julia tenía un primo que se

*encargaba de presentar los certificados de defunción. Un maravilla. Limpiar el pueblo de padres ancianos que ya no servían para nada, maridos mutilados y alcohólicos, hijos sobrantes.*

*Pero ya te imaginarás que, al igual que el resto de las acciones humanas, esta también adoleció de defectos, al menos tuvo uno. Por lo que sé, llegó una carta anónima al editor de un periódico local en que se acusaba a las mujeres de acabar con los familiares mediante envenenamiento. Ya ves, las buenas almas pensarán que aquel ser anónimo era una criatura con moral cristiana y deseosa de terminar con tamaña ignominia. ¡Bah! No te lo creas. Lo más probable es que aquella nota la escribiera alguien llevado por la envidia o por la venganza, las fuerzas más poderosas que mueven a la humanidad junto con el miedo.*

*Como podrás figurarte, las altas autoridades, ahora sí, tomaron cartas en el asunto. Se presentaron en el pueblo, exhumaron los cadáveres y los forenses confirmaron las altas dosis de arsénico que había en los cuerpos.*

*Y como supondrás, las pesquisas llevaron a la policía a detener a Julia Fazekas. Pero ella se mantuvo firme y negó una y otra vez los cargos de los que era acusada. Por fin las autoridades decidieron dejarla en libertad aunque siguieron sus movimientos. Fue en ese punto cuando se vio la ignorancia y la inocencia de aquella criatura ¿Qué piensas que hizo? Lo previsible, se fue casa por casa a alertar a los ocupantes del interrogatorio al que había sido sometida y a decirles que cerraba el suministro de arsénico para todo el mundo. Hay que ser estúpida, pobre mujer, se puso en evidencia y encima señaló a cada una de sus clientes. Como habrás deducido, a partir de ese momento comenzaron las detenciones. Treinta y siete se hicieron. De esas hubo al menos veinte que fueron a juicio, entre ellas mi abuela, María Kardos. De las confesiones que se hicieron las hubo incluso hasta divertidas. Hubo una que reconoció que había terminado con su esposo porque era «aburrido» ¿Te lo puedes creer? Otra mató a su marido, ciego de guerra, porque se quejaba de que traía demasiados amantes a casa; como si eso fuera un acto censurable dado su estado. La que más gente eliminó creo que fueron cuatro, y mi abuela, que como ya te dije hace un rato eliminó a tres.*

*Ante ese panorama y viendo la posibilidad de ser condenada a muerte, cosa que sucedería más tarde, decidió entregar a su única hija, María, mi madre, a una pareja que iba a emigrar a América huyendo de la miseria de la guerra. Cuando partió en el barco con sus nuevos padres en dirección a Buenos Aires, a mi madre le faltaban dos meses para cumplir diez años y apenas un mes para la primavera de 1930. Había vivido su infancia en medio de un infierno y sus marcas, invisibles a los ojos de todos, determinarían mi futuro. Ahora descansa.*

## Capítulo 3

Alba — 23 de junio de 2010

Con Juan hubiera sido impensable trabajar los meses de julio, agosto y septiembre. El verano es para irse a otras ciudades y degustarlas sin la intromisión de los autóctonos, decía siempre. En cambio, ahora, superado el primer año, podía permitírsele. Es la potestad de quien ya no comparte cama ni inodoro, que no rinde cuentas. Qué mejor momento, pues, para realizar un trabajo que la mantendría ocupada y le permitiría echar unas cuantas paletadas de olvido sobre los recuerdos. Porque todavía hoy acudía a ellos. Porque aún ahora se descubría haciendo balances tan inservibles como inevitables del tiempo desperdiciado.

Pensaba en todo ello mientras se habituaba al nuevo entorno que sería su hogar durante aquellos meses. Una hermosa casa a cuatro vientos, ubicaba en un barrio residencial de Sant Cugat del Vallés.

Disfrutaba además de una gran ventaja, podía instalarse en ella mientras durara el trabajo. Sus propietarios estaban de vacaciones y le permitían quedarse en una habitación de servicio de la planta baja y sin restricción alguna de uso de las zonas comunes. El hecho de ahorrarse los trayectos entre ambas ciudades posibilitaría un mayor aprovechamiento del tiempo, lo que repercutiría en una mayor efectividad profesional, algo muy necesario dada la cantidad de trabajo a efectuar. Para ello tenía planificadas dos fases. La primera, la restauración de un Cristo románico del siglo XI, una talla integrada en una hornacina ribeteada en filigrana de oro y flanqueada por dos columnas salomónicas talladas en madera de ébano; la segunda, limpiar todo un retablo, también románico, que se encontraba en una de las habitaciones de la planta baja reconvertida en capilla.

No era el trabajo de sus sueños, hubiera preferido una pintura flamenca a esas piezas de arte románico, pero el presupuesto que le aceptaron era elevado, sin excesiva dificultad y con la soledad necesaria para analizar la viabilidad de su nuevo proyecto de vida.

Descargó el coche, y mientras preparaba las cosas en la amplia cocina, volvió, de manera inevitable, a los recuerdos recientes.

Habían sido once años tirados a la basura. Un primer año de pasión seguido por seis de amor compartido. Después, con un reloj biológico que la avisaba cada mes, tuvieron que pasar tres más mareando la perdiz: «Con lo bien que estamos así... no tenemos tanta prisa, cariño... ya veremos... no es el momento...». Al final, después de una bronca que ella pintó de ultimátum, él le soltó el mazazo. «Lo siento, Alba, pero yo no estoy preparado para ser padre. No por el momento. Tal vez en unos



años, pero ahora no».

Le pedía unos años. Años que Alba ya no podría permitirse ¡No con treinta y ocho! ¡No con aquel cobarde que se creía el único hombre sobre la Tierra!

Después de aquello todavía hubo de pasar otro año hasta tenerlo todo claro y organizado para decirle: «Te dejo Juan, no tiraré un día más con alguien tan egoísta como tú».

Ante la cara de estupor de él, ella consumió las fuerzas que le quedaban en salir a la calle con la mayor dignidad y dirigirse con pasos rápidos y resueltos al piso que había alquilado en el barrio de Poble Sec.

Una vez allí se dejó llorar encima toda la rabia, la impotencia, la pena y la tristeza. En una sola tarde y su correspondiente noche, se arrepintió y se reafirmó, se culpó y se perdonó. La mañana siguiente descubrió a una Alba agotada y endurecida, tanto, que podría quebrarse en cualquier momento. Le tocaba rehacerse hasta convertirse en acero dulce capaz de resistirlo todo de nuevo.

El primer paso fue aceptar que el sol seguiría saliendo por el este y, después, recuperar su autoestima. Cosa que ya había conseguido otra vez. Tenía experiencia en equivocarse con los hombres y aquella no fue más que una reiteración del error que representaba la vida en pareja. Cierto que las situaciones habían sido distintas. Pero el resultado siempre era el mismo: Alba sola y hecha polvo.

La gran diferencia entre la primera y esta se llamaba «tiempo». Porque no tenía tiempo que perder si quería llevar adelante su proyecto de ser madre. Ni debía huir de nuevo. A lo largo de su vida ya lo había hecho de su padre, de una primera relación sofocante y de aquella última por la imposibilidad de tener un padre para su hijo. Para qué le habían servido las relaciones con los hombres salvo para desperdiciar la vida. A su favor contaba el hecho de que ya no le quedaba más corazón que romper y eso la fortalecía.

No deseaba mojar más pan en su autocompasión. Se dijo algunas de las frases gestadas en libros de autoayuda y se puso a la tarea. Llevó la talla a la gran mesa de la cocina. Era el lugar idóneo para la precisión que requería, estaba iluminada por la luz natural que entraba a través del inmenso cierre de aluminio que la separaba del jardín. La dejó allí, cubierta por unas telas de fieltro y se fue al retablo. En un cambio de última hora, había decidido empezar por él y compaginarlo con la talla.

Preparó los altavoces portátiles, conectó en ellos su móvil y dio «iniciar». Sonó el concierto de Brandemburgo Nº 3. Descorrió las cortinas y la estancia se impregnó de la luminosidad de junio y la de las notas de Bach.

La pieza que tenía ante sí la impactó de nuevo. Prefirió no plantearse cuál podía ser el origen de aquella maravilla. Era consciente de que el patrimonio de arte románico en España, sobre todo en las zonas de Aragón y Castilla, andaba mal de salud y era bocado apetecible para infinidad de buitres: coleccionistas sin escrúpulos, nuevos ricos, anticuarios ladrones o gente anodina, como debían ser los propietarios de aquella obra. Gente que, al igual que ella, no hacía preguntas si lo adquirido cumplía las expectativas. La Ética no es un valor indispensable en España, pensó, somos un país construido desde la corrupción y nos gusta comer caliente todos los días. Se tragó el mal regusto de conciencia y se puso a trabajar.

Mientras sometía a aquella maravilla a una limpieza que apenas nadie valoraría volvió a pensar en su futuro.

En poco más de un año cumpliría los cuarenta. La edad límite que se había fijado para ser madre. Apenas cinco años antes lo último que deseaba era dejar el cincuenta por ciento de su código genético en el planeta Tierra. La sola idea de pensar que en él iría la herencia de su padre, le producía el suficiente asco como para renegar de la especie. Pero el ser humano comparte su maravilloso cerebro racional con otro más profundo y antiguo que nos recuerda el animal que somos y controla nuestros instintos primarios. Por eso al llegar a los treinta y cinco ese cerebro recóndito, el llamado reloj biológico, disparó su «bip-bip» avisándola de que el tiempo apremiaba.

A pesar de la prisa, necesitaba valorar otras trabas. Una de ellas era su carrera profesional, algo irrenunciable ya que el trabajo de freelance comporta un riesgo importante y es que los clientes son volubles y pueden terminar substituyéndote por cualquier otra con menos caché. También la experiencia personal le había enseñado que no debía contar con nada que se pareciera a un padre. Los hombres, como los pañuelos de papel, es bueno tenerlos a mano cuando es necesario usarlos; después, mejor sacarlos de en medio.

Esa tarea de eliminación la dejaba con las posibilidades mermadas y las ganas intactas. Solo le quedaba su madre. Desde que había abierto los ojos y abandonado a su marido, la relación entre ambas había renacido, fortaleciéndose con el tiempo. Pero la veía mayor y era consciente de que la vida no la había tratado con demasiado respeto. Por eso, antes de contar con ella, debía llamarla y explicarle los pormenores de su decisión. Solo teniéndola de su lado al cien por cien sería factible la maternidad. Debía prepararse un guion con las palabras adecuadas e intentar convencerla de que su ayuda era necesaria.

Alba <sup>3</sup>/<sub>4</sub> 1 de julio 2010

Los días se sucedían plácidamente. El trabajo avanzaba según lo previsto, y la piscina era un bálsamo de fierabrás para luchar contra el calor sofocante. La soledad, en ese ambiente ajeno, le permitía una introspección que de ningún modo hubiera conseguido en su casa y entre los suyos.

Atendía lo mínimo indispensable al teléfono y cuando lo hacía era para mentirles a ellos con un «Estoy fuera de vacaciones» o para contar verdades a medias a las amigas con un «Necesito un tiempo» porque no tengo claro el futuro, un «No, no es necesario que nos veamos, estoy bien»; e incluso un simple «Ya te llamaré yo».

Fuera como fuere había pasado una semana y ese primero de julio era el día que su madre volvía de pasar las vacaciones en Huesca.

Después de trabajar toda la mañana, se dio un baño en la piscina, tomó una comida frugal y partió hacia Barcelona para verse con ella y contarle su proyecto.

Subió al tren, no deseaba coger el coche y dar vueltas y más vueltas para terminar aparcando a la misma distancia que la iba a dejar el metro. No tenía prisa y el día era largo. Mientras el verdor de Collserola aparecía y desaparecía a través de la ventanilla del vagón, pensó en su madre de antaño y en cuánto llegó a odiarla por la abnegada subyugación a su marido, y en cómo, al final, acabó entendiéndola.

Acompañada por el traqueteo del tren viajó a un pasado aún vivo. Y recordó cuántas lágrimas, palabras y perdón fueron necesarios para entender hasta qué punto llega a atenazarnos el miedo y cuán distintos podemos ser unos y otros a pesar de compartir lazos de sangre. Ahora ya no, no se dejaba llevar por la tristeza o la rabia, como había sido lo común al principio. Había aprendido que el perdón y el olvido son mejor que el odio. Desgastan muchísimo menos, pues no necesitan realimentarse para persistir. Ahora, con esa sensación de paz en su interior, era plenamente consciente del perdón hacia su madre y el olvido hacia quien llamó padre, sin merecerlo.

Llegó a su destino. Estaba nerviosa, como una adolescente que va a casa a presentar a su primer novio. Se sabía todas las palabras, pero a medida que se acercaba el momento, sujetos, verbos y predicados danzaban de forma caótica por su cabeza.

Llamó a la puerta, su madre la recibió con su sonrisa nueva y después de

un abrazo y un par de besos la hizo pasar.

—Pasa cariño, estoy acabando de preparar café. Bien fuerte, como a ti te gusta.

—Gracias mamá, pero que a mí me guste fuerte no significa que debas hacerlo a mi gusto. A ti te gusta el café americano y estoy en tu casa. No deberías molestarte.

—No es ninguna molestia, cariño. Nos vemos poco y me gusta agasajarte. Yo ya me echaré un poco más de leche.

¡Se veían poco!, pensó Alba. Para su madre, esa nueva madre estrenada diez años atrás, verse poco equivalía a no verse diariamente. Vivían en el mismo barrio, se encontraban en tiendas, muchas veces iban juntas al mercado de Hostafranchs o quedaban en el piso de tía Aurora, hermana de su madre. Y todavía decía que se veían poco. Alba, no obstante, era feliz de ver feliz a esa mujer, liberada del yugo del miedo y rescatada del profundo pozo de la despersonalización.

—¿Puedo coger unas galletas? —preguntó Alba mientras se acercaba a una pequeña alacena situada al lado del fregadero.

—Claro, cariño, puedes coger lo que quieras. Y no me lo pidas, estás en tu casa.

Discutieron sobre el sentido de la propiedad de cada cual. Ella defendía el necesario respeto que se debe a quien está en su casa y su madre la libertad de la confianza y de quien no tiene secretos. Era una lucha perdida para ambas. Ella no evitaría jamás que su madre abriera y cerrara a su antojo los cajones y puertas de su casa, y su madre no se ganaría jamás esa confianza que regalaba.

—He venido a hablar contigo de un tema importante, mamá. <sup>¾</sup>Soltó la frase con tanta gravedad que la alertó.

—¿Pasa algo, cariño? No me asustes.

—No, tranquila, no pasa absolutamente nada.

—Es que has puesto esa voz tan seria...

—Porque lo que quiero decirte es muy importante.

—¿Te has arreglado con Juan?

—No...

—¿Te vas a ir a vivir a otra parte?

—No, y si no te callas y me dejas decirte lo que he venido a contarte, cojo la puerta y me voy.

Calló y la invitó a sentarse.

—¡Ay, qué carácter tienes! Perdóname y cuéntame, anda.

—Verás, no quiero andarme con rodeos. La cuestión es que he decidido tener un hijo.

Alba se quedó en silencio. Como si se hubiera vaciado al salir de su boca un resumen de todas las frases amontonadas en la cabeza. Su madre permanecía callada, como calibrando la respuesta.

—No entiendo entonces por qué te separaste de Juan, ¿no crees que un hijo necesita un padre? —dijo al fin.

A Alba se le agolpó toda la rabia en la boca.

—¡Como el que yo tuve, un padre como él, a eso te refieres!

Su madre se dio cuenta del error. La habían traicionado los años de adoctrinamiento recibidos en la España del dictador. Habló de nuevo.

—No todos los padres son como el tuyo, Alba. También hay buenos hombres. Juan es un buen hombre y lo sabes.

—Sí, mamá, tan buen hombre que prefiere esperar a ser abuelo y saltarse la paternidad. Me separé de él precisamente por eso, porque a mí se me pasa el arroz y a él no le desespera lo de tener hijos. Es un egoísta, como la gran mayoría de ellos.

—Ves, esa es otra, cariño, ¿tú te has pensado bien que con la edad que tienes pueden surgir problemas? Ya sé que las mujeres de ahora os esperáis hasta última hora, pero creo que deberías pensártelo...

La interrumpió levantándose y poniendo la mano en señal de stop. No estaba preparada para recibir dogmas por parte de nadie. Esas lecciones hubieran sido aceptables con quince años, no ahora. Se giró hacia la puerta e hizo el ademán de marcharse.

—¿Qué te he hecho ahora, cariño?



—Nada mamá, que yo venía a preguntarte si tú estarías dispuesta a ayudarme en el caso de que tenga una criatura. Soy consciente de que no puedo hacerlo yo sola. Y aunque no te lo creas, soy consciente también de que ya toco los cuarenta ¿Pero qué quieres que haga, que renuncie a ser madre, a sentir una vida en mi interior como habéis hecho las que paristeis?

Las lágrimas parecían dispuestas a dejarla en evidencia. Pero no hizo falta. Su madre, con el rostro relajado y casi luminoso habló de nuevo.

—Claro que te ayudaré, Alba. Me perdí vuestra infancia porque yo no era yo. Jamás permitiré perderte ahora. Será un regalo poder ayudarte a criar a mi nieta o a mi nieto. Si te he hablado como lo he hecho es porque esta vieja te sigue viendo como a una niña y cree necesario que seas plenamente consciente de lo que se nos puede venir encima. Sobre todo a ti, cariño.

Alba se acercó a ella en silencio y se abrazaron. Mientras la apretaba contra sí le decía que no reviviera el pasado, «piensa solo en que ahora nos tenemos la una a la otra y no necesitamos a nadie más».

Eran cerca de las ocho de la tarde cuando Alba volvía a Sant Cugat. La tarde había sido apacible, se sentía feliz, arropada y comprendida. Al día siguiente tenía la última visita. La que había pensado cancelar varias veces porque no se sentía capaz de dar el paso. Mañana era la inseminación. Después, si todo iba como debía, solo quedaría esperar hasta tener entre los brazos a su bebé.

En ese momento se dio cuenta de la importancia de la familia, de cuán distinta era la reacción de su madre si la comparaba con la de algunas de sus amigas cuando le habían dicho «Yo no lo haría ni loca o vete a saber quién puede ser el donante». Palabrería de pequeñas burguesas narcisistas que hablaban sin saber y sin escuchar. Otras se habían interesado, pero sin darle ánimos de buenas a primeras. Ninguna le había preguntado cuál era su sentimiento íntimo, la causa última que la hacía desear ser madre.

No obstante, ¿sabía ella cuál era la razón, más allá de la llamada genética? Tampoco lo sabía, igual solo era para intentar educar a un hijo del modo que no lo hicieron con ellas. Igual solo era la llamada de la especie a la que nuestro exceso de razón pretende dar un significado superior, algo que nos confirme que somos la especie elegida. Daba igual, lo importante era haber dado el paso y contar con la complicidad de su madre.

## Capítulo 4

Alba — 2 de julio de 2010

A las salas de espera de clínicas y hospitales habrían de llamarlas salas de «desespera». Lo pensaba mientras los nervios se le acumulaban en la cruz de las cervicales y los hombros. Para colmo, y contra toda lógica, había ido sola. Pero no por capricho, decírselo a su madre hubiera sido impensable. A pesar de lo bien que se había tomado la noticia, no se veía allí con ella. Cuestionándole la ropa interior escogida, criticándole el lugar y la precipitación en la decisión. Repitiéndole una vez más lo ya escuchado infinidad de veces.

La quería, cierto, pero no aguantaban una hora seguida sin pelearse. La opción de las amigas tampoco la encontró viable. Las buenas amigas no podían estar por razones diversas, y con las restantes no tenía suficiente confianza como para compartir un momento tan íntimo. Era cuestión de calmarse y esperar.

Miraba al resto de mujeres. Todas parecían más jóvenes que ella y todas, sin excepción, estaban acompañadas de un hombre. Eso era lo que la incomodaba. Ese era el dolor que se le estaba acumulando en la espalda. El no tener a su lado ese hombre sobre el que sentirse reconfortada y reafirmada. La imagen de Juan le volvió a la cabeza y la revolvió por dentro. «Que le den», pensó, no conocerá a la hija que hubiera podido tener.

Dio otro repaso visual y se percató de que un par de mujeres la miraban con ojo crítico. «Qué estarán pensando», se preguntó, seguro que cuchichean sobre la pobre que ha venido sola. Recapacitó, y «Qué me importa a mí lo que piensen, que piensen lo que les dé la gana».

—¿Alba Garcés? —preguntó una enfermera.

Se levantó, hizo una pequeña señal de confirmación con el brazo derecho y se acercó a ella.

—Pase, por favor.

Entró en la consulta y la invadió la calma. Ya no había vuelta atrás, solo la ilusión de que todo fuera bien.

Le hicieron una última ecografía y mientras se preparaba le enseñaron la probeta. Le pareció imposible que allí pudiera residir la mitad de su futura hija. Porque será una niña, se auto convencía mientras se tumbaba y le

hacían la intervención.

«Será una niña y la educaré como no nos educaron a nosotras. Será una mujer libre para decidir por sí misma y actuar según su propio criterio». Le vinieron a la cabeza escenas amargas de su infancia, pero las sustituyó con otras de su hija todavía inexistente. «Que todo vaya bien», pensó, «que no se desaproveche la semilla, que nazca bien, que el embarazo sea llevadero, que sea...».

—Bien, Alba, esto ya está. Ha ido todo muy bien.

Divagando entre recuerdos y deseos había terminado todo. Ni siquiera había sido consciente de lo sucedido.

Le pidieron que se quedara un rato estirada. Mientras se imaginaba a su futura hija iban entrando para preguntarle cómo se encontraba. Pasado el tiempo que consideraron prudencial le dijeron que podía vestirse y marchar para casa; que hiciera vida normal.

Ya estaba todo hecho, ahora solo faltaba esperar. Se sentía feliz.

En lugar de ir a su casa o a ver su madre prefirió volver a Sant Cugat y pasar el resto del día echada en una tumbona con las piernas en alto. No deseaba que Sir Isaac Newton le jugara ninguna mala pasada. Ninguna gravedad planetaria iba a impedir que aquellos animalitos cabezones fecundaran su óvulo, de ninguna manera.

Al día siguiente, con todo normalizado, decidió perder el día con temas particulares. El trabajo avanzaba con mucha más rapidez de la prevista y podía permitírsele. Aprovechó para llamar a su madre y contarle los pormenores de la operación. Primero lo malo, se dijo.

Como era previsible, polemizó con ella por no haberla llamado para que la acompañara. «Hubiera estado a tu lado cariño, pero no hacía falta mamá, ¿cómo no va a hacer falta que una madre esté ahí aunque sea para hacerte compañía?, imagínate que lo estaba haciendo por el método tradicional, ¿a que no te hubieras sentido cómoda?, ¿cómo va a ser lo mismo, cariño?». Como era habitual terminaron discutiendo y emplazándose para otra indeterminada llamada telefónica. Después llamó a algunas amigas y les contó cómo había ido todo. La felicitaron y le mandaron los mejores deseos, acompañados todos ellos de un sinnúmero de consejos para el embarazo, el parto y la crianza.

Cuando colgó por fin el teléfono, había recibido un máster gratuito y exhaustivo sobre maternidad y educación infantil.

Se dio cuenta de que volvía a estar con las piernas en alto, algo ya innecesario. Decidió levantarse y darse un baño en la piscina. Al salir,

acariciada por el frescor de la tarde, sintió una inmensa oleada de felicidad. Quién necesitaba a un hombre en estos tiempos. Era una mujer independiente y sería madre por obra de la ciencia, lo más cercano al Espíritu Santo que podía conseguirse siendo atea. Además le ahorraba tener que lavarle los calzoncillos a ningún varón.

Alba — 15 de Julio de 2010

Había pasado algo más de una semana. Era lunes y el trabajo seguía avanzando sin problemas. Todo parecía andar a la perfección hasta que un dolor en la parte baja de la espalda la alertó, ¿estaba ovulando de nuevo? La invadió una gran tristeza y sintió la necesidad de llamar a su madre y pedirle consejo. Se recordó a sí misma en plena pubertad atendiendo a las charlas de las amigas más avezadas y precoces que explicaban, no sin cierto orgullo, el castigo divino de ser mujer; y vio a su madre confirmándose después, cuando tuvo sus primeras menstruaciones. Pero para ella nunca había sido ningún castigo, era regular y apenas había sentido molestias.

Ya con el móvil en la mano pensó que no tenía ningún derecho a alarmarla. Razonó los hechos. La inseminación podía fallar, y más la primera vez, era pura estadística. Por otro lado ese dolor podía significar todo lo contrario. Se centró en su barriga, como si buscara una señal no percibida todavía.

Cuando estuvo más calmada contó los días y salió a toda prisa de la cocina. Abrió el ordenador y miró en su agenda. Sí, los cálculos no fallaban, apenas le quedaba una semana para verificar la fecundación. Aquello no era dolor premenstrual, le llegaba una semana tarde.

Lo días siguientes los pasó escuchándose más de lo habitual. Las molestias no menguaban y la sensibilidad en los pechos llegó a ser molesta, algo que sus amigas le habían dicho que sucedería. Cada vez que se sentaba en el inodoro buscaba alguna muestra de fracaso en su ropa interior sin encontrarla.

Por fin llegó el día. Vio con ilusión que ese reloj que apenas le había fallado salvo en algún viaje o con algún disgusto, dejaba de funcionar. Era casi seguro que no enriquecería a ninguna multinacional de la celulosa durante unos meses. A pesar de ello no deseaba echar todas las campanas al vuelo. Podía ser efecto de la medicación, el cambio de casa o los mismos nervios. Sabía que debía seguir siendo cauta hasta el momento de hacerse la prueba, pero no podía evitar sentir sensaciones nuevas en su interior. Se ponía la mano en la barriga y la intuición le decía que allí había algo más que sus órganos. Le esperaban unos días de

espera para la confirmación.

Eso sucedió a la semana siguiente, en casa de su madre. Le hubiera gustado que no fuera ella, pero no tenía a nadie más en quien depositar la responsabilidad de la ilusión o el desengaño. Con su madre reiría o lloraría sin rubor ni veto alguno.

A pesar de sabérselas de memoria, releyó las instrucciones y se puso a la tarea. Se encerró en el baño y se sentó en el inodoro con un vaso en la mano. Lo llenó hasta la mitad con la orina y lo depositó en el lavabo. Se ajustó la ropa interior, se arregló la bata y después, nerviosa como una adolescente, mojó en él la parte correspondiente del test. Ahora, según las instrucciones, solo había que esperar tres largos minutos.

Salió, lo dejó sobre la mesa de la cocina y traspasó a su madre la responsabilidad de la verificación. Aprovechó para lavar unos vasos y pasar una bayeta por el mármol. Se acercó a la mesa. Lo miró de reojo y solo vio al osito parpadeante que aparecía en la esquina superior izquierda de la pantalla. El reloj marcaba un minuto. Quedaba una eternidad. Salió de la cocina y fue a la habitación a vestirse. Apenas se había quitado la bata, escuchó a su madre que gritaba:

—¡Ven Alba, cariño! ¡Corre, que aquí ha aparecido la palabra embarazada pero el bicho sigue parpadeando! ¿Qué hago?

Se le saltaron las lágrimas. Con la bata a medio desabrochar salió corriendo para abrazarse a su madre.

—Estoy embarazada mamá. Y mira, esto que ha aparecido ahora quiere decir que lo estoy de más de tres semanas. Tendrás un nieto o una nieta, mamá.

Volvieron a abrazarse y a llorar.

Era el momento de la dar paso a la Naturaleza. Detrás quedaban Juan y las dudas, ahora aparecería el miedo nuevo del ¿Irás todo bien...? Y la ilusión de imaginar a ese nuevo ser que hora tras hora se construiría en su interior llevando en él la mitad de ella.



## Capítulo 5

Alba — 9 de agosto de 2010

Le quedaba algo menos de una cuarta parte del trabajo y comenzaba agosto. Contando con que el plazo para terminar el trabajo se cumplía en septiembre, iba con tiempo de sobra. Eso le permitió, ahora que se había confirmado el embarazo, levantarse cada mañana a las siete y salir a andar una hora, antes de que subiera el calor. Una actividad que había resultado ser mejor de lo previsto ya que le permitía planificar mentalmente el trabajo del día y activarse físicamente.

Cuando entró en la casa reparó en una portezuela que había al lado de una vitrina. Estaba situada a la derecha del amplio recibidor y siempre quedaba escondida al abrir la cancela de la calle. Sintió curiosidad. La abrió y asomó la cabeza. Era una pequeña biblioteca, con un sencillo escritorio de roble al fondo presidiendo la estancia y, rodeándolo, un sillón principal y otro par de butaquitas dando la espalda a la entrada. El resto era un espacio diáfano rodeado por librerías con puertas acristaladas que protegían su contenido.

Decidió salir, prepararse un té con hielo para refrescarse y volver a echar un vistazo. Más allá de su amor por los libros, la única herencia que aceptó de su padre, sentía una enorme curiosidad por saber qué clase de lecturas tendría la gente que se permitía aquel nivel de vida.

Ya con la taza en la mano entró de nuevo sin encender la luz y se dirigió hacia la pared del fondo, donde unas cortinas escondían una gran ventana. Las corrió, levantó la persiana, y la sala se llenó de luz.

Dejó la taza sobre la mesa y comenzó a curiosear el contenido de las librerías. Sus puertas acristaladas no tenían llave y se permitió la licencia de abrirlas para hojear algunos libros. Había clásicos, desde Homero a Julio Cesar, Desde Cervantes a Shakespeare, desde Mark Twain a Bioy Casares. Parecía un compendio de todas aquellas obras que uno debería leer antes de morir. Muchísimos de ellos eran primeras ediciones en su idioma original. Otra hubiera pensado que se encontraba en el templo de un erudito. Ella, conociendo a los personajes que acostumbraban a contratarla, prefirió pensar que no estaban allí para ser leídos sino como inversión.

En la librería de detrás del escritorio encontró lo que podían ser lecturas más acordes con su imaginario personal. Pudo contar cuatro Biblias, vio las obras completas de Escrivá de Balaguer y algunos títulos importantes de Agustín de Hipona y Tomás de Aquino.

Escogió *La ciudad de Dios*, de Agustín. No lo había leído y probablemente no lo leería jamás, pero sabía de su importancia histórica. Ya con él en las manos se sentó sobre el alféizar de la ventana para hojearlo. Leyó el título del primer capítulo: «Libro primero — La devastación de Roma no fue castigo de los dioses debido al cristianismo» y continuó:

De los enemigos del nombre cristiano, y de cómo estos fueron perdonados por los bárbaros, por reverencia de Cristo, después de haber sido vencidos en el saqueo y destrucción de la ciudad. Hijos de esta misma ciudad son los enemigos contra quienes hemos de defender la Ciudad de Dios...

Acababa de certificar que aquella jamás sería una de sus lecturas. Para ella la teocracia de la Edad Media era la responsable de la crisis terrible de Europa tras la caída del Imperio romano; un atraso artístico, cultural, social y técnico que solo solventaría la llegada de la Ilustración.

Cerró el libro y se levantó. Al hacerlo, miró hacia la pared de enfrente de forma inconsciente, un espacio que quedaba detrás de la puerta y en el que no había reparado todavía.

El libro se le escurrió de las manos y cayó al suelo con un estruendo que no consiguió sacarla del asombro. Tuvo que sentarse en el sillón y respirar hondo varias veces hasta conseguir serenarse. Frente a ella tenía un retrato de su hermana Judit, que desapareció dieciocho años atrás sin dejar rastro y de la que nunca habían vuelto a tener noticias.

Pasada la primera sorpresa, todavía sin capacidad para moverse, se hizo la primera pregunta: «¿Qué hacía Judit en un retrato perdido en una habitación de una casa de Sant Cugat?». No tenía lógica alguna. Pensó que debía ser un doble, ese ser repetido que, según se dice, todos tenemos en algún lugar. Sería eso, que la imaginación le había jugado una mala pasada y ya no guardaba un recuerdo fiel de su cara.

Se levantó y se acercó al retrato. Era evidente que necesitaría una foto de Judit para poder contrastar los rostros, sabía cómo nos la llegan a jugar ciertos recuerdos, pero «¿Era posible que la memoria la engañara de aquel modo?».

No podía apartar la vista de aquel semblante, era ella, era la cara de Judit tal y como había quedado grabada en su retentiva. Entonces cayó en la cuenta de que parte de la dificultad para reconocerla residía en el hecho de que solo la cara pertenecía a su hermana. El cabello, la forma de

vestir, todo lo demás, la convertían en una mujer totalmente distinta.

A medida que se serenaba percibía más detalles en la pintura. Ahora veía que la faz de Judit estaba incrustada en la cabeza de otra mujer, como un collage hecho solo con óleo y con una mano experta.

Se apartó, y cuando consiguió separar la vista del rostro y mirar la obra en su conjunto pudo ver que la técnica era claramente impresionista. También le era muy familiar. La conocía, estaba segura, pero la imagen de su hermana metida allí dentro la desubicaba. Se acercó más, hasta encontrar lo que parecía ser la firma: «Diego 1991».

## Capítulo 6

Mientras espero que alguna editorial desee reeditar "El ladrón de rostros" primera parte de la trilogía de Diego, consíguela en formato Kindle y a un precio de 3 € en este enlace de Amazon:

<https://www.amazon.es/El-ladr%C3%B3n-rostros-entrega-trilog%C3%ADa-ebook/dp/B087GL9MHJ>